

Julia Kristeva, psicoanalista y escritora: “La sociedad del 'deal' trumpista es el grado cero del contrato social”

En una entrevista concedida a “*Le Monde*”, la autora analiza el momento político actual, marcado por el deseo de poder de los líderes estadounidense y ruso, pero también por el “wokismo” y la “depresión nacional”.

Nicolas Truong
28 de agosto de 2025

Nacida en 1941 en Sliven, Bulgaria, Julia Kristeva trabaja y vive en Francia desde 1966. Escritora, psicoanalista, profesora emérita de la Universidad Paris-Cité, fue la primera ganadora del premio Holberg en 2004, creado por el gobierno noruego para remediar la ausencia de las ciencias humanas en el palmarés de los premios Nobel.

Autora de una treintena de obras, se interesa especialmente por la semiótica (*La revolución del lenguaje poético*, Seuil, 1974), la depresión y la melancolía (*Soleil noir*, Gallimard, 1987), el exilio (*Étrangers à nous-mêmes*, Fayard, 1988), las singularidades femeninas con la trilogía *El genio femenino: Hannah Arendt, Melanie Klein y Colette* (Fayard, 1999-2002). Julia Kristeva, que compartió su vida con el escritor Philippe Sollers (1936-2023), en París, pero también en su casa de Île de Ré, también escribió novelas como *Les Samouraïs* (Fayard, 1990). Recientemente publicó *Preludio a una ética de lo femenino* (Fayard, 2024).

¿Cómo vivió mayo del 68?

Mayo del 68 fue para mí, ante todo, un huracán desbordando los cuerpos. Mi encuentro con Philippe Sollers, en 1966, me enseñó lo que era el goce. Placer erótico pero también libido literaria y filosófica, con la lectura de Marx y Rimbaud, Nietzsche y Foucault, Barthes y Benveniste. Para la joven estudiante búlgara que fui y que llegué a París, mayo del 68 fue el resultado de la Revolución Francesa y del libertinaje. Una mezcla de Robespierre y Sade o Choderlos de Laclos. Robespierre se atrevió a decir a la Convención: "El pueblo francés parece haberse adelantado dos mil años al resto de la especie humana. » La frase es evidentemente escandalosa, casi demencial. Y si fuera cierta, se preguntaba Sollers: "Los revolucionarios franceses vivieron hablando sin cesar, para morir muy rápido. »

¿Qué le atrajo de la efervescencia intelectual de la época?

Me sumergí en cuerpo y alma en esa libertad. Francia era la biblioteca que salía y se rebelaba en las calles, fue Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, el Nouveau Roman, sobre el que tuve que defender una tesis. Al final, la hice sobre los orígenes de la novela en Francia, antes de Rabelais, en el cruce entre las crónicas históricas, el canto de los trovadores y la escena del carnaval; la defendí en 1968.

Mi primera novela la dediqué a estos creadores de lenguas que iban hasta el final del sentido de la vida, hasta el final de sí mismos y a los que llamé Samuráis. Relata la agitación cultural de los años 1968-1990, con la revista *Tel quel* [cofundada por Philippe Sollers en 1960].

¿Qué le inquietaba de los acontecimientos de mayo del 68, a pesar del impulso que le guiaba?

“¡No somos nada, seámoslo todo!” », cantaban mis amigos, retomando al unísono La Internacional. Pero ¿por qué cantar La Internacional, que me recordaba a los apparatchiks de la burocracia comunista? ¿Por qué estas referencias a países marxista-leninistas que habrían enviado a estos libertarios, a menudo de la burguesía francesa, al gulag?

Recordé entonces la advertencia de Dostoievski, que en su época había previsto la masificación y el nihilismo: “Estoy solo y ellos son todos”, escribió el novelista ruso. Yo diría más bien: “Estoy sola, con todos”. La libertad surge en mi soledad, pero no se deja devorar por el “todosnosotrosismo”, como escribe Dostoievski, forja un pensamiento singular, si y sólo si es reconocido como tal por los demás.

Sin embargo, usted se adhirió al maoísmo e incluso realizó, con Roland Barthes, Philippe Sollers y una delegación de la revista “Tel quel”, un viaje a China bien enmarcado por el Partido Comunista, en 1974...

Amaba a China más que al maoísmo, mi adolescencia en Bulgaria me había vacunado contra la dictadura del partido. Sin embargo, quería ver si, como decía Mao, un “socialismo chino” favorecería a las mujeres, oprimidas por el confucianismo patriarcal pero también herederas de una tradición matrilineal y taoísta. A pesar del deslumbramiento por esta cultura y su idioma, ¡incluso me tomaron por una china! —, este viaje, y sus decepciones, porque no nos permitieron visitar el Tíbet, me alejaron de la política y me llevaron hacia el psicoanálisis. Para

examinar la singularidad humana, en lugar de soñar con las grandes veladas de los movimientos de masas.

¿Qué legado retiene de esos años?

No habría habido unión civil, ni matrimonio para todos, ni derechos LGBT sin esta grieta en la estructura familiar tradicional. Por eso no me reconozco en ese conglomerado ideológico radicalizado que llamamos “*French Theory*” [nombre acuñado al otro lado del Atlántico para agrupar a pensadores franceses del postestructuralismo como Roland Barthes, Jacques Lacan, Michel Foucault, etc.], y que ha experimentado un desarrollo particularmente significativo en el “wokismo” de los campus americanos.

¿De qué se trata? Un evento se produjo en Europa y en ningún otro lugar: cortamos el hilo con la tradición. Constatar y vivir esa ruptura no significa negar o destruir la memoria cultural, filosófica o ética que la precede. Por el contrario, el “wokismo” extremista, absorbido por el antisemitismo, que se pretende tributario de la llamada French Theory, transforma esta herencia crítica en una denuncia unilateral de la sociedad occidental y sus valores. Y al mismo tiempo, la deconstrucción, aunque inherente a la capacidad de pensar, al menos desde San Agustín y pasando por Nietzsche, está en el centro de un frenesí mediático que la demoniza, haciéndola responsable de la “pérdida de valores”.

¿Cuál es su opinión sobre el actual momento geopolítico, particularmente marcado por el autoritarismo de Donald Trump y el totalitarismo de Vladimir Putin?

Trump ha hecho entrar nuestra civilización en la sociedad del “deal” y la voluntad de poder, la de la eficacia de la brutalidad. Al observar a Trump, Putin y consortes, tenemos la impresión de leer a Freud: Los hermanos de la horda primitiva se reúnen para compartir los productos de consumo, las armas y las mujeres en devoción a un padre imaginario todopoderoso. El “deal” es el grado cero del contrato social.

Aparentemente más apegado a los símbolos, particularmente religiosos, ¿puede el putinismo reducirse al “deal”?

La versión ortodoxa de esta brutalización de las relaciones no es más envidiable, porque es parte de una cultura donde el Hijo (el creyente) es un siervo del Padre (per Filium). Mientras que, en el catolicismo y el protestantismo, el Hijo está asociado al Padre (filioque), prefigurando así la autonomía e independencia de la persona, y abriendo el camino al individualismo y al personalismo occidentales.

En el masculinismo encarnado por Trump y Putin se desarrolla una relación homoerótica de fascinación mutua. Este afecto también proviene del pacto de la horda primitiva: como decía Sandor Ferenczi, discípulo de Freud, la erotización de lo similar frena la codicia sexual de los varones, dando un significado psíquico a la pulsión. Esto no impide una homofobia manifiesta, una aversión violenta hacia las personas transgénero que es particularmente marcada entre aquellos, como Trump y Putin, que no aceptan su propio homoerotismo.

¿Podremos escapar de este período dominado por la voluntad de poder?

Ante esta situación, Europa aparece como una promesa, una vía singular, una sobrevivencia afligida y en contra de la corriente. Es lamentable que parte de lo que llamamos el Sur Global se esté precipitando por el camino abierto por la Rusia de Putin y las milicias Wagner. Aún cuando Europa fracasara durante los períodos de la colonización y la Shoah, todavía comporta los recursos críticos para oponerse a ello.

Más que un “milagro griego”, del cual nacieron la filosofía y la democracia, ¿podría haber un “milagro greco-judeocristiano” que, después de haber sucumbido a los dogmas identitarios, se encuentre en condiciones de afrontar el malestar de las democracias liberales? El laicismo francés sería la fuerza impulsora detrás de esto, tan estimulante como incomprensible fuera de Francia. Nos corresponde a nosotros asumir esta herencia cuando carecemos de cohesión europea y su autoridad está amenazada por el Sur Global y por MAGA [Make America Great Again, el movimiento trumpista].

Estamos experimentando un nuevo malestar en la civilización, pero asistimos a avances notables, particularmente en lo que respecta a la emancipación de la mujer. ¿Se reconoce en la nueva era del feminismo?

Las mujeres se imponen como un factor mayor en la transformación antropológica en curso. Víctimas de la dominación masculina, pero también protagonistas de su emancipación, llevan al legislador a cambiar las leyes o a modificar las normas éticas, como se vio con el estremecedor caso de las violaciones de Mazan.

Sin embargo, aplicaré la famosa máxima de Simone de Beauvoir a mi manera. En *El segundo sexo* [Gallimard, 1949], escribe: “No se nace mujer, se llega a serlo”. Yo diría más bien: “Se nace mujer, pero yo llego a serlo. » Está lo biológico, luego lo psicosexual. Mi experiencia como psicoanalista me ha llevado a considerar la

identidad femenina como un proceso abierto, cambiante e inacabado, compuesto por etapas sucesivas, por lo que hablo de un “femenino transformador”. Y a la libido del amante que busca el placer, le agrego el vínculo maternal que cultiva la ternura.

Mi divergencia con ciertas perspectivas del feminismo contemporáneo se basa en el hecho de que, para mí, la diferencia sexual se afirma en una heterosexualidad que transgrede las identidades sexuales y los códigos convencionales de manera diferente a como lo hace el género. Pero la pareja no es tan fija como les gustaría a los “trads”. Es el encuentro de dos extrañezas. La heterosexualidad “rompe el vínculo de masa propio de la raza y la comunidad”, analiza Freud, y “realiza operaciones culturalmente importantes”: rebelde en el corazón de lo colectivo, la singularidad se abre a nuevas formas de vida y de lenguaje.

Con el ascenso de la extrema derecha, ¿estamos experimentando el regreso de una “Francia mohosa”?

Tiene razón al mencionar la columna de Philippe Sollers titulada “*La France moisie*” [publicada en Le Monde en 1999] que exaltó a unos, devastó y enfureció a otros, porque cada palabra mataba por estimular y apoyar el despertar. Habiendo vivido con el autor durante varias décadas, aprendí que en ningún lugar se es más extranjero que en Francia, en ningún lugar se es mejor extranjero que en Francia. Porque hay Francia y hay Francia. Y me he transferido a esta otra lengua, el francés, hasta tal punto que estoy dispuesta a creerle a los americanos que me toman por una intelectual y escritora francesa.

El debate cultural y político, más dramático y más lúcido en Francia que en otros lugares, constituye un verdadero antídoto contra la depresión nacional, así como contra su lado maniaco que es el nacionalismo. Y es con sentimiento de deuda y de orgullo que rindo homenaje a la República francesa que me adoptó, y que nunca es más francesa que cuando no se deja humillar, cuestionándose. Hasta reírse de sí misma –¡y qué vitalidad en esa risa! – conectándose con otros.

Traducido del francés por Karen Entrialgo